

BELLAS ARTES.

Biografía.

HÄNDEL.

Las obras de este genio de la música recorren el globo, y estienden, así en Rusia como en Méjico, el nombre del encantador que ha sabido producir tan prodigiosas sensaciones. En la Habana del mismo modo que en París, se ensalza el talento y sublime estro de Beethoven, y las sinfonías de este gran músico han engendrado igual entusiasmo sobre estos dos puntos del orbe, tan separados por la inmensidad de los mares. El *Barbero de Sevilla* ya hablando en italiano, ya en francés y en alemán antes de restituirse al español, su idioma materno, ha viajado por toda Europa, y aun se ha aventurado á visitar el Africa y la América. Por donde quiera el brillante Fígaro se ha aclimatado, y ha ganado tal número de partidarios que ha llegado á proclamar aun en el país de los salvajes el nombre de Rossini, tan caro á los *dilettanti* de nuestro emisferio. Fácil es con semejantes comisionados tan listos, tan persuasivos y emprendedores llegar á la estremidad del mundo sin alejarse de nuestras capitales y aun sin salir de casa; mas el genio no necesita de ellos: llegará mas tarde, es verdad; pero al cabo llegará. Tal es Händel, rayo de la armonía, cuyo nombre se antepone á todos, y cuyas producciones multiplicadas y colosales no son conocidas sino de los eruditos. Sus obras sublimes y casi prodigiosas han quedado adheridas á su suelo natal, como los monumentos que los Faraones y los Sesostris levantaron en las llanuras del Egipto, vistos de pocos capaces de admirarlos, pero cuya noticia es universal. La historia los ha descrito, y algunos frag-

TOMO III.

mentos arrancados á aquellos templos y palacios magníficos, nos ofrecen de cuando en cuando un punto de comparacion para que juzguemos de su conjunto.

Fuera de los aficionados entusiastas y de los profesores que aspiran á conocer todos los secretos y producciones del arte, pocos saben quien era Händel; y aunque este nombre resuena sin cesar y se manifiesta coronado de una aureola gloriosa que nadie puede disputársela, esta gloria no deja sin embargo de ser un misterio para la mayor parte de los músicos. Procurarémos pues darles á conocer á este hombre extraordinario, que es uno de los astros mas asombrosos que han brillado en el horizonte músico. Es cierto que seria mucho mejor escuchar sus composiciones que mi narracion; pero lo que en ella se diga inspirará el deseo de oir sus obras, que la Inglaterra parece que ha confiscado para aprovecharse de ellas exclusivamente.

Jorge Federico Händel, nació en Halle (Prusia) el 24 de febrero de 1684, y empezó sus estudios músicos á los 7 años de edad, bajo la direccion de Zachau, célebre organista, y los concluyó antes de cumplir los 14. En 1703 pasó á Hamburgo, y al siguiente año compuso su primera ópera, *Almira*, para el teatro de aquella ciudad. No obstante los muchos discípulos á que tenia que atender, escribió el *Neron*, *Florinda* y *Dafne* desde 1705 á 1708, con un gran número de cantatas y piezas para piano. Entonces fué á Italia, y en el año de 1708 dió en Florencia su primera ópera italiana, *Rodrigo*. En el año inmediato se representó en Venecia la *Agripina*, y en Roma su serenata *Il trionfo del tempo*. Händel pasó luego á Nápoles, donde compuso su pastoral *Aci, Galatea e Polifemo*, para una princesa española que los historiadores llaman Laura. Salió en 1710 de Italia y fué á Hannover, en donde el elector le nombró su maestro de capilla en reemplazo de Steffani. Poco tiempo despues pasó á Inglaterra y escribió en Londres en el corto término de quince dias el *Reinaldo*, que fué la ópera favorita de los ingleses por mas de medio siglo. El año siguiente volvió á Hannover; pero con licencia de su corte regresó á Inglaterra, fijando desde entonces allí su residencia.

Jorge I, su antiguo soberano que le habia llenado de beneficios, fué tambien á Londres en 1714 como Rey de la Gran Bretaña, y continuó favoreciendo á Hændel, á quien concedió una pension anual de 400 libras esterlinas.

En 1718 se asociaron algunos personajes para establecer en Londres un teatro de ópera, y Hændel fué nombrado director de aquella academia real de música. Ya los franceses habian dado á conocer á los ingleses el drama lírico, y Hændel quiso que su espectáculo superase á los tímidos ensayos de Lulli y sus émulos, y llevó de Italia cantores dignos de ejecutar sus composiciones. Esta empresa prosperó por muchos años; pero la discordia no respetó el templo de la armonía. Se suscitaron vivas discusiones entre el célebre músico y los nobles que sostenian el teatro, y aunque el primero triunfó, le salió cara la victoria. Sus adversarios llamaron á Londres á Porpora, que fué de Italia con una compañía completa, al frente de la cual iba su ilustre discípulo Farinelli. El espíritu de rivalidad, y aun de venganza, allanó las dificultades que ofrecia el establecimiento de un segundo teatro lírico en una ciudad donde no abundaban los dilettanti. La concurrencia triunfó; y Hændel privado del apoyo de la alta sociedad, y no teniendo que oponer á los esfuerzos de sus enemigos otra cosa que su genio, se vió muchas veces á dos dedos de su ruina. Despues de cuatro años de lucha consiguió sobreponerse, y los admirables oratorios que compuso atrajeron á su partido á todos los que se habian coligado contra él.

Senesino era el que se distinguia bajo la direccion de Hændel; Farinelli era el primer soprano de Porpora; cantaban ambos en unos mismos dias y á unas mismas horas, y asi no se habian oido uno á otro ni en Italia ni en Inglaterra. Un dia se hallaron juntos para una representacion que se daba en beneficio de uno de sus compañeros, haciendo Senesino el papel de un tirano feroz y colérico, y Farinelli el de un héroe desgraciado y cautivo. El cantor enterneció de tal modo al tirano al dirigirle un aire lleno de espresion y dulzura, su ruego fué tan persuasivo y conmovedor, que Senesino sorprendido y

admirado de tan gran talento, depuso toda rivalidad, se olvidó del papel que representaba y corrió á abrazar á Farinelli para manifestarle el placer con que le habia oido.

A Hændel le faltó la vista en 1751, y Beethoven quedó sordo por mas de 20 años: ¡desgraciada semejanza en verdad en la vida de estos dos hombres extraordinarios! Hændel perdió con esta desgracia todo su fuego y la viveza de sus inspiraciones, y dictaba sus ideas á Smith su amigo, que componia y ejecutaba sus piezas en el órgano. Beethoven escribia y componia sobre el papel los efectos de las voces y la orquesta que no debia oir. El oratorio *Jephté* es la última obra de Hændel, empezada en 21 de enero de 1751, y concluida el 17 de julio del siguiente año. Las notas de este maestro están muy alteradas en el manuscrito, cuidadosamente conservado en París, y se conoce que se le habia debilitado mucho la vista. Al fin de una de las últimas páginas puso en música y con pulso temblon *Sweet as sight to the blind*, agradable como la vista al ciego. Seis dias antes de su muerte ejecutó todavía uno de sus oratorios y falleció el 13 de abril de 1759.

Hændel era de noble y animada presencia y de alta estatura. Dejó á sus parientes en Alemania 20,000 libras esterlinas, de las que legó mil para el establecimiento de socorros de Londres.

Once son los autores que han escrito la historia de Hændel y de sus obras, y su sepulcro está en la abadía de Westminster. Despues de haber perpetuado de este modo los ingleses la memoria de su músico adoptivo, ejecutaron el año de 1784, con real permiso, un jubileo solemne de cuatro dias consecutivos, en los que se ejecutaron en la abadía citada, y junto á su sepulcro las composiciones religiosas de Hændel por una orquesta de quinientos músicos, bajo la direccion del famoso violinista Crámer. Esta funcion fúnebre se repitió en 1785, con alguna variacion en las composiciones de Hændel, por una reunion de seiscientos y siete músicos. En 1786 el número de estos fué menor; pero el año inmediato subió á ochocientos. Alemania quiso rivalizar con los ingleses y en el mismo año se ejecutó en Berlin el *Mesias* de Hændel, bajo la direccion del maestro de capilla

Hiller, con una orquesta de mas de trescientos individuos. En Francia se han oído varios oratorios de este maestro, ejecutados con gran aparato por los discípulos de M. Choron. *La fiesta de Alejandro y el Mesias* son las composiciones que han producido mayor sensacion.

Hace un siglo que la Inglaterra y algunos músicos alemanes y franceses admiran las obras de Hændel, no siendo conocidas en otras partes sino de nombre. Hasta ahora dificilmente se hallaban algunas en Francia, ni se habian ejecutado jamás públicamente, hasta que M. Choron tuvo tan feliz ocurrencia. Andaban en manos de los pianistas muchas de sus fugas; pero sus cuarenta y cinco óperas alemanas, italianas é inglesas, sus veinte y seis oratorios, motetes, cantatas &c., que forman quince volúmenes; sus tríos para diversos instrumentos y sus doce conciertos de órgano eran absolutamente desconocidos; y sin embargo no ha habido jamás un genio mas vasto, una imaginacion mas atrevida, sostenida por una ciencia mas profunda, y una facilidad de estilo y de trabajo mas asombrosa.

El *Mesias*, una de las obras maestras de Hændel, se compuso inmediatamente despues de *la Fiesta de Alejandro*; y á la admiracion que causa este oratorio sublime, este coloso de armonía, se une la sorpresa de considerar el poco tiempo que tardó su autor en componerle. La nota está escrita muy de priesa, y en diferentes puntos del manuscrito hay fechas puestas por Hændel, que hacen indudable la improvisacion de este monumento de su gloria. Se deduce pues, que esta obra inmensa que comprende muchos coros á cuatro partes, diferentes fugas de un gran desarrollo, y una multitud de aires y recitados obligados; este trabajo prodigioso se empezó y concluyó en veinte y un dias, á saber desde el 22 de agosto de 1741 hasta el 12 de setiembre del mismo año. M. Fetis, de quien se han tomado estos pormenores, ha confrontado estas fechas en la coleccion de manuscritos de Hændel conservados en la biblioteca real de Londres. Muchas veces se ha citado con admiracion la facilidad de algunos compositores modernos, pero ¿habrá otra comparable con esta? Hændel se veia tan apremiado por los copistas, que

apenas señalaba bien las notas, y el dia de la ejecucion estaba tan prócsimo que tenian que hacerse los ensayos conforme se iba componiendo la obra: lo que se prueba evidentemente por estas palabras «Ejecutada el 14 de este mes», es decir dos dias despues de concluida. Las mas de las fechas que se encuentran en los manuscritos de Hændel manifiestan que esta facilidad era una cualidad inherente á su genio.

La vida música de Hændel contiene dos partes: la primera abraza casi diez y seis años, desde 1698, en que sucedió á Keiser en la direccion del teatro de Hamburgo, hasta 1714, en que se estableció en Inglaterra. La segunda se estiende desde este año hasta su muerte ocurrida en 15 de abril de 1759. Estos sesenta y un años los llenó un trabajo continuo y una fecundidad de obras sin ejemplo. Las que compuso en su juventud quedaron olvidadas, por mas de un siglo: las que escribió en Inglaterra fueron mas felices, porque el carácter especulativo de los ingleses conoció mejor la ventaja que les podía resultar de su publicacion. Walsh adquirió una fortuna considerable con solo el producto de la venta de las composiciones de Hændel. Este maestro había gastado mucho para poner en escena su ópera de *Reinaldo*, que no surtió efecto; pero no obstante se buscó ansiosamente la música, y Walsh vendió un gran número de ejemplares de la partitura. Preguntóle un dia Hændel lo que habia ganado con aquella obra. «Mil y quinientas libras esterlinas» le contestó el editor. Pues bien, amigo mio, repuso Hændel, entre nosotros todo debe ser igual: vos compondreis la primera ópera y yo la venderé.



*

La Mujer.

I.

Una pobre muger es una esclava
Con ojos bellos y cadena de oro,
Sin hallar mas para enjugar el lloro
Qué un beso mofador!
Una pobre muger abre los ojos
Al arder el perfume en el pebete,
Y al estender los brazos, ya es juguete
De infame corruptor!

Una pobre muger por todos llora,
Y por todos los crímenes implora
El celestial perdon;
Y antes de ver el sol en occidente,
Coronada está ya su pura frente
De fúnebre crespon.

II.

¡Ah! pobre, pobre muger,
Flor del valle de la vida,
De la raza corrompida
Tú no debieras nacer!

Y el pecado paternal,
El que nuestros rostros aja,
No debiera ser mortaja
De tu gracia virginal.

La inocencia y el candor
No serán sello de gloria,
Y crecerá la memoria
De avaro conquistador:

Y la rosa se alzaré
En el jardín solo un día,
Después brillará en la orgía,
Y un necio la pisará.

El beodo entre hediondez,
Con lábio lívido espeso,
Imprimirá fuerte beso
En la casta y blanca tez.

Y necio tú le dirás:

Ayer nació tu hermosura,
Hoy has de hacer mi ventura
Y mañana morirás.

Y la cándida beldad,
Abandonada y proscrita,
Siempre á la vírgen bendita
Dirá: ¡ó madre, perdonad!

Verála el hombre gemir,
Sin preguntarle ¿qué tienes?
Sin poner mirto en sus sienes
A la hora de morir.

III.

Cuando nació --; desventurado día!
El hombre de Austerlitz, dó quier reinaba,
Y el eco de su nombre á mí llegaba
Entre gemidos mil.
Del vencedor los vivas, del vencido
Los lamentos allí se confundían,
Y con velo de muerte me cubrían
En el lecho infantil.

En torno rostros jóvenes y ajados
De cicatrices llenos y de heridas,
Y cien míseras madres aflijidas
Llorando de dolor.
Y los campos sin frutos, y las flores
Holladas por esclavos de un guerrero;
Y el preste bendiciendo el ay! postrero
Del padre de mi amor.

IV.

Y entónces una muger
A mi lado suspiraba;
Mis rubios rizados besaba,
Llamándome rosicler.

«Perla del golfo salobre,
Brillante de daga mora,
Oro precioso entre cobre,
Bendiga el cielo tu aurora.»

Y al llegar al mediodía,
Coronada esté tu frente
Con el astro refulgente
Del astro señor del día.»

Una muger vió mis penas,
Una muger me lloró,
Y la sangre de sus venas
Connigo tierna partió.

Y despues, cuando la muerte
Con su manto la cubría,
La infeliz me bendecía,
Llorando mi triste suerte.

Bien hizo, bien en llorar,
Bien hizo en marcharse al cielo,
Porque en el mísero suelo
Solo me viera penar.

Mi aflijido corazon
Lacerado viera y solo,
Sin hallar de polo á polo
Quien tenga de él compasion.

Me veria eternamente
Suspirando y sin sosiego,
Abrasado por el fuego
De mi volcánica mente.

Me vería arrodillado
A los pies de una hermosura,
Sin poder hallar ternura
En corazon abrasado.

¡Ah! ; triste, triste de mí!
Ni ese mismo ser de amor
Compadece mi dolor,
Ni entiende mi frenesí.

Ni responde si le llamo,
Ni mis penas compadece,
Ni ; misero ! se enternece
Cuando le digo : « te amo ! »

La muerte al fin llegará
Envuelta en negro cendal,
Y ¿ qué mano angelical
Mis parpados cerrará ?

¡ Ah ! ; triste, triste de mí !
Ni ese mismo ser de amor
Compadece mi dolor,
Ni entiende mi frenesí.

JACINTO DE SALAS Y QUIROGA.



Yago Yasch.

(Véanse los dos números anteriores.)

Levantó magestuosamente el arco, y dejándolo caer sobre las cuerdas empezó un canto lleno de sentimiento y de misterio. Participaba aquella armonía de ideas á un mismo tiempo estravagantes y tiernas, y resonaba en aquel nicho con un inesplicable sabor romancesco y enérgico. Entraban las vibraciones del sonido por entre la armazón de hueso de un esqueleto colgado por el crá-

neo en el fondo de la alacena — los huesos parecían responder por dentro con un murmullo vago á las vibraciones de afuera — balanceábanse las piernas de aquel despojo de hombre con solemne compás, chocaban á veces una con otra con seco estallido, temblaban todas sus costillas como movidas por el chispazo eléctrico, y la amarillenta calavera formaba en sus yertas cavidades sonidos desconocidos que espedía con un no sé qué de sardónico y feroz. — Al herir con el arco las prodigiosas cuerdas, un estremecimiento general confundía á la vista el contorno de la figura entera de Jenaro, como sucede al mirar por el través del gás que rádia una hoguera bien encendida. Lloraban sus ojos, palidecía como un difunto, y su largo cabello se encrespaba sobre su cabeza — inclinóla á un lado y á otro como un péndulo, bajó un poco el cuerpo, agitó convulsivamente sus hombros, corrió el arco sobre el instrumento en toda su longitud con una especie de frenesí maligno y satánico — un punto de luz azulado subió rápidamente por todo el arco — á este siguió otro — parecían dos estrellas al escapar de la tormenta. El arco tropezó fuertemente en la pared, desmoronó parte de la masa de polvo inveterado que habia en toda ella, las vasijas é instrumentos del vasar rechinaron; — y Jenaro exclamó dejando caer el violin y alzando los ojos con dolor:

— ¡Por el alma de mi padre! que si el diablo visita la alacena, ya le he sentido dentro de mi cuerpo.

Decíase en efecto que el espíritu infernal vagaba por la misteriosa alacena, é iniciaba á los que en ella entraban en ciencias desconocidas á los demas hombres — Jenaro, ó muy despreocupado ó deseoso de participar de la ciencia nigromántica, hacia en aquel nicho sus estudios de música: pero siempre salía de allí con algun signo fatal en la imaginacion, que aun mismo tiempo le deleitaba y desgastaba su vida de pensamiento y melancolía.

Dió un grito, salió de repente del escondrijo empolvado, con el rostro lívido y animado de un gesto sardónico y dando diente con diente.

Un niño como de 10 ú 11 años, vestido á la antigua, apareció en su fondo vuelto hácia la pa-

red, y añadiendo algunos signos á una escritura de idioma desconocido. El esqueleto alargaba su trasparente mano y borraba indignado lo que el niño escribía.

Acercóse á el Jenaro con mezcla de horror y cariño, y poniéndole la mano en la cabeza:

— ¿Qué haces? le dijo con voz temblona — Volvióse el niño á él sin responder palabra, pero enseñándole un gesto espantoso — á poco un resplandor iluminó aquella especie de calabozo, levantóse el muchacho lleno de rabia, y agarrándose con las manos á una especie de hilos amarillentos, desapareció por lo alto — y Jenaro cayó desmayado sobre el piso de madera.

Cuando volvió en sí se hallaba sostenido en los brazos de un hombre vestido de seda negra, en traje de abate, que le miraba con una expresión de ternura y sentimiento.

— ¡Pobre Jenaro!! dijo con acento grave el desconocido.

— ¿Quién es V.? exclamó el jóven ¿cómo sabe mi nombre?

— Te he visto nacer dijo aquel extraño individuo. — Venia yo á traerte noticias de Angela — y tu te estabas durmiendo en el suelo.

— ¡Angela!! murmuró Jenaro limpiando su bata y ocultando con su larga cabellera al bajar la cabeza el rubor de sus mejillas.

— ¡Ha muerto!! dijo solemnemente el hombre, levantando con magestad hácia el techo el índice ensangrentado.

— ¡Maldicion!! gritó el jóven arrojándose rabioso al asesino.

— ¡Pobre muchacho! dijo con imperturbable serenidad el desconocido, y con los brazos cruzados sobre el pecho — no es la primera vez que tengo el dolor de luchar contigo. — Y esto diciendo, le asió con frialdad por los antebrazos y le arrojó de espaldas en el suelo — Frotóse en seguida los brazos produciendo el humo de una plancha sobre trapo mojado, y desapareció: pero antes hubo entre él y el hombre de solo hueso un gesto de correspondencia infernal.

IX.

Quien hubiera estado á la hora del crepúsculo de la tarde en cierta habitacion lujosamente ador-

nada, donde habia una alcoba con las vidrieras entornadas que espedian por sus junturas una luz cárdena y moribunda, hubiera oido muy de cerca los gritos desesperados de un hombre entregado por las apariencias al espíritu diabólico — y despues hubiera sentido abrir la puerta, y entrar en la habitacion un jóven con bata negra y el cabello desgredado diciendo

«Aquí es sin duda.»

Porque en efecto era Jenaro — Llegó á tientas á la alcoba, abrió sus puertas, y cayó sobre él el cadaver de una muger de 15 años, con el cuello destrozado, y las rubias trenzas resplandecientes encrespadas en torno de su rostro como la aureola del sol en el eclipse.....

X.

Conclusion.

Era un año despues.

Estaban una noche de carnaval reunidos en una habitacion de un cuarto principal, un sacristan gordo, rechoncho y moreno, figura de saco de carbon, y varios músicos amigos suyos, tres de ellos ciegos y uno tuerto, tocadores de violin y bandurria, sentados en torno de una mugrienta y carcomida mesa de ignorada madera — mesa que parecia estraida de un archivo de parroquia. Reposaba tranquilamente sobre ella una jarra blanca vacía en medio de muchos vasos de vino, unos llenos, otros mediados, como una respetable abuela de blancas tocas, ya desecada, que mira con placer á sus alegres descendientes, animados por la sangre que algun dia corrió por sus venas. Contrastaba con la algazara de la reunion, sus voces vinosas, el clamoreo de los instrumentos y la rusticidad del ajuar entero, el eco de la habitacion por largo tiempo deshabitada, la empolvada tapiceria y pintura de sus paredes, y el misterioso olor que cree uno percibir al entrar en una gran pieza condenada por la supersticion, porque se cuenta haber sucedido en ella prodigiosas aventuras. Pero de estos cuentos no se le importaba un bledo al sacristan Cirilo que, como hombre de trastienda, en varias ocasiones habia sacado buena raja de todo aquello en que metian

las viejas su hocico grís. Y aunque su mollera sonara á calabaza ¿qué cuidado podria dársele de muertos y fantasmas, cuando desde tierno pimpollo de monago se habia acostumbrado á gatear á todas horas el campanario de la antigua parroquia?

—En verdad, decia él con afectada risa de confianza en sí mismo, que he encontrado una viña — si todo me cuesta como la casa, dentro de poco me echo una peluca de pertiguero mas larga que la de la fantasma.

—Como quiere disimular el miedo, dijo entre la risa general que escitaron las palabras del sacristan, y su voz temblona como la de un niño que entra por apuesta en una cueva oscura, uno de los músicos, á quien todos los demas hablaban como á persona nuevamente conocida. Era este un hombre grueso, como de unos 40 años, con un parche verde sobre un ojo y el otro encandilado y contornado de negro, como los ojos de felpilla de una careta de tafetan, la nariz en forma de triángulo equilátero, y la boca asaz modesta para comparecer á presencia del susodicho único ojo. — «Como quiere disimular el miedo», repitieron todos, menos uno que era ciego y el mas jóven de ellos, de sufrida y pálida fisonomía, cabello ajado, y vestidos en algun tiempo de rico paño y elegante corte, el cual un poco desviado de los demas, se ocupaba tan solo de su violin *Amatus* de robusto tono, que tocaba con gran maestría. Prosiguieron embromando al pobre acólito hasta hacerle decir, que si salia *la cabeza desgredada* se atrevia á quedarse solo con ella y arrancarle el cabello.

—Presto saldrá dijo con harto maligna sonrisa el del parche, y entrando la luz por su desguarnecida boca iluminó su caja enjuta, en carne viva, y sin lengua al parecer — mas esto no lo notaron sus compañeros. — Entretanto vamos remojando el paladar y si gustan les contaré la historia de la fantasma.

—Ya puede V. empezar, gritaron todas á una voz.

El humo de los cigarros formaba una espesa nube sobre sus cabezas, el aire puesto en vibracion por los instrumentos é impregnado de gases

espirituosos habia tomado cierta densidad, y los cerebros chamuscados se hallaban en su punto para figurarse espectros, apariciones, silfos y variar la forma de los obgetos — acurrucóse el sacristan contra el hombro del que estaba á su derecha, cruzó los brazos, apretólos bien, y despues de girar una mirada clandestina de paura hácia lo obscuro de la pieza, tosió con fuerza, escupió y miró á sus camaradas con cuanta altanería le toleraban su chaqueton apostólico y el cerote de su corazon.

Concluyeron los músicos sus tocatas, y siguiendo á la bullanga un regular silencio, principió el del parche su cuento en grave entonacion — mientras tanto el jóven ciego proseguia, mas apartado aun de la mesa, una armoniosa inteligencia con su instrumento, á quien hacia bajo sus dedos reir, quejarse y cantar en aires por lo comun dulces y melancólicos.

Así empezó el tuerto su historia.

«Vivia en esta corte por los años de 1794 un matrimonio aleman con un hijo nacido en Krems de 10 años de edad, muchacho el mas travieso que criaron las nebulosas márgenes del Danubio. Su padre escelente químico y minero, discípulo de los célebres Pott y Zimmermann, con sospechas de alquimista entre la gente del pueblo, anciano de genio un poco áspero, iniciaba desde pequeñito al niño en los secretos de los minerales y de los gases: — habia visitado las minas de la Styria y de Saltzbourg — pero lo hizo por su desgracia con tanto acierto, que en una ocasion el discípulo encolerizado por unos azotes que tuvo muy bien merecidos de su padre, valiéndose de una composicion que tenia éste en una retorta de la alacena donde guardaba sus aparatos y hacia sus operaciones, le dió la muerte en su lóbrego laboratorio poniendo en combustion el compuesto, sobre el cual trabajaba aquel á la sazón. Cuando la pobre madre se encontró con el cadáver de su marido, negro como un tizo del infierno, el niño saltaba y batia las palmas de gozo.»

— No hay que espantarse, porque de lo contrario no tendrán VV. oídos para escuchar la conclusion.

«Decíase que el diablo se habia colado en el cuerpo del muchacho.» — Eso no hay que creerlo,

dijo haciendo un gesto irrisorio, y prosiguió. — «Huyó la madre á su pais, llevándose á su hijo — cuéntase que el niño, en pago de haberle conservado la vida, la echó al agua al pasar por una barca en su viage» — Aqui volvió á hacer el gesto de risa, y añadió una carcajada seca como el sonido de una tela al desgarrarse — los oyentes principiaron á mirarle con recelo.

«Nos lo encontramos despues en las orillas del Elba, de 26 años, y tonsurado por una manía de asceticismo. — No sé donde diablos fué á aprender á tocar con tanta perfeccion que estuvo por mas de dos años desempeñando la plaza de primer violin del teatro de Dresde — pero al fin se enamoró de una cantatriz casada con un pobre diablo tambien del teatro: y despues de haber tenido de su trato un niño hermoso, la muger temiendo la cólera de su marido, mandó el niño á Madrid con un tío de ella, ajustado de segundo bajo en este teatro. — Casualmente fué el hijo á parar á la fatal casa primer testigo de las habilidades del padre — en cuanto á éste, la cantatriz tuvo á bien de entregarselo á Satanás — santiguáronse los oyentes — á lo cual este señor debió de estarle muy agradecido. Diole una bebida que le abrasó las entrañas á presencia del verdadero marido, y temerosa del cumplimiento de cierto voto le arrancó la lengua. — Este buen cristiano, tan manso y pobre de espíritu, no desdeñó el tálamo de su muger legítima, habiendo en él, seis años despues del nacimiento del niño, á una niña, la mas hermosa que nació con ojos azules desde la Suiza hasta el mar Báltico. — La continuacion es romancesca.

«En uno de aquellos éstasis que se apoderan de dos amantes, en los que se pierde el juicio y el sentido, juráronse el violinista y la cantatriz amor perpetuo ó muerte mútua: y ella, sin duda mas enamorada, ó quizá mas dolosa, añadió al primer juramento el de *no sobrevivir á su amante, y morir con sus auxilios* — aun me acuerdo: era una tarde de verano — estaban los dos enamorados en un delicioso jardin fuera de la ciudad, sentados bajo un cenador de céspedes y jazmines á la falda de una roca, sobre la cual se levantaban los restos de una antigua fortaleza perteneciente al feudo del B. de

Brenightoff—el sonido de sus besos llegaba hasta la fortaleza, que les miraba con sus abiertas troneras como un lobo ambriento sobre un monte las ovejas que pastan á sus pies—al pronunciar el juramento la muger, salió del seno del hombre una risotada á la cual respondió el torreón de la fortaleza.—Aterrado el jóven de aquella exclamación histérica, que él mismo desconocía, recordó lo que decían en su niñez del alquimista—se creyó sujeto á las potencias del infierno, y palideció repentinamente.—Esto fué motivo para que la enamorada reiterara su juramento, pero dos veces que lo hizo fue respondida por dos risotadas de su amante y dos ecos de las ruinas.»

—Gran patraña debe de ser la tal historia, exclamó uno de los músicos, cuando nos emboca hasta los mas secretos pensamientos de esos amancebados!

Sin hacer caso el del parche, prosiguió su relación.—El jóven ciego no abandonaba su instrumento—sus tocatas y el tono de voz del que contaba seguían una misma escala.—Reinaba entre las dos voces cierta misteriosa comunicación, una inteligencia profunda.—«Ya os he dicho como se libertó la cantatriz del violinista—Vino ella á Madrid con su hija;—pero ya las pasiones la habían disfigurado—y había perdido la voz y el cabello—sin colocación, y abandonada por el vicio mismo, pasó sus últimos años en un miserable tugurio con su hija, que era su único consuelo—sin un pobre perro que cuidara de calentar su lecho cuando la hermosa niña cuidaba la casa sin la menor noticia del paradero de su primer hijo.—Porque su tío, á quien estaba confiado, había ya fallecido—Educóse el jóven con esmero en la música y en la pintura—aunque se cuenta que nunca supo hacer una Madona»—¿eh? ¿señorito? Volvió la vista al ciego, el cual al oír esta interpelación y las últimas palabras de la historia, suspendió su tocata, y se estremeció palidiciendo de repente. Todos se miraron unos á otros.

—No es nada, proseguí tocando.—Pero la relación era de gran interés para que el jóven no la escuchara con todos sus—cuatro sentidos—el otro continuó.

«Llegaba su hora á la miserable cantatriz: pero ¿cómo había de morir sin auxilios? Vino pues á agonizarla el tonsurado del otro mundo; el diablo le concedió un cuerpo que había servido ya para otras apariciones y que estaba arrinconado en un rincón del infierno, y además 3 años de término sobre la tierra—no olviden VV. que falta ya poco para cumplirse el plazo.—Las particularidades de su viaje subterráneo no merecen referirse.—Murió pues aquella miserable prostituida dejando á su hija en manos del abate Ya.... ¡ha! ¡ha! ¡ah!»—interrumpió el nombre con una risa cascada parecida al crugido de una carreta, «y con el sentimiento cruel de ver en sus últimos momentos al hijo, que para mayor tormento la desconocía, sin poderle decir «yo soy tu madre»

Dejó el ciego caer su violin sobre las rodillas, y entreabriendo sus ojos blancos como dos granizos, le gritó lleno de espanto:

—¡Quién es V. miserable!!

—Yo soy, respondió con calma el del parche, uno á quien no le interesa á V. por ahora el conocer.—Trabaje por el alma de su padre.

Con admiración de todos volvió el ciego á colocar entre la barba y el hombro su *Amatus*, mientras el del parche concluía su historia.

«Hace hoy tres años justos que murió aquella muger.—Su hijo, que tenía ya 20 años, se enamoró entonces sin saberlo de su misma hermana: pero merced á la venta que al cabo de algún tiempo hizo el abate Yago de la trenza de oro á cierto perdido llamado.... no importa su nombre—no tuvo lugar el incesto»—Detúvose un momento y miró al ciego con recelo—pero tocaba entonces éste como poseído de un espantoso frenesí.

Su cuerpo temblaba, las venas de su frente se hincharon; formaba con su violin una misma esencia, terrible, fantasmagórica, ideal—era un hombre envuelto en un remolino, el vértigo rodando con el espanto, un energúmeno, un espíritu conjurado por un ecsorcista—Ráfagas de luz corrieron por lo largo de su arco—el del parche estaba inquieto, miraba al tocador con terrífico semblante, mordía sus labios y suspendía su historia como para dar tiempo al jóven—al fin sacó

de la faltriguera un librito negro de escabrosa y ardiente superficie, y apuntó en él catorce rayas blancas — todo era enigmático y aterrador.

«Como os iba diciendo: al amanecer del tercer día de máscaras, había el libertino dejado en el lecho durmiendo y con el cabello tendido á la niña de la trenza de oro. Echóse Yago á su lado para reposar — despertó ella — mas no sé de qué diablos tuvo tal miedo, que saltando al suelo salió asustada de la alcoba, y juntado sus vidrieras las mantuvo cerradas con toda su fuerza para ponerse en salvo del abate, mientras con los ojos desencajados gritaba pidiendo socorro — pero las miradas de Yago Yasck son como el aliento del caiman — la pobre niña sacó la cabeza, sus cabellos resplandecientes formaron una aureola de luz en su contorno — juntáronse las puertas y quedó ahogada entre ellas. No piensen VV. que Yago tuviese la menor parte en esta funeraria escena — lo único que hizo fué colocar el cadáver aun palpitante á la parte de adentro de la alcoba, en cuya operacion pudo muy bien haberse manchado de sangre. «Estas últimas palabras fueron pronunciadas con una frialdad singular, y acompañadas de una mirada escudriñadora hácia el jóven ciego.

— ¿Cómo se llamaba esa niña? preguntaron todos á un tiempo.

— Esa niña, respondió el del parche, se llamaba *la trenza de oro* en las máscaras, y Angela en su casa.

Arrojóse el ciego á él como un tigre — ¡Yago!! gritó con tan terrífica voz que parecía haberle saltado el pulmon á la garganta.

— Sí, ¡Yago soy!! y Angela era hija de tu madre: pero no era hija mia como tú!! exclamó el abate abrazándose á su hijo.

Cayó Jenaro en tierra sin sentido; sacó Yago su negra cartera, arrojóla al suelo, y paseando por el cuerpo del joven una espantosa mirada de cariño — «muchos méritos me faltan todavía» exclamó, no me alcanzarás nunca el cielo!! ¡pero te he apartado del incesto!

Sonó un reló de iglesia las nueve, con una vibracion tan penetrante que parecía colocada su campana sobre el techo de la habitacion: — retumbó la pieza — siguióse un zumbido prolongado que

iba en aumento, abriéronse las puertas de la alcoba y se apareció la fantasma. Arrojaba su cabello llamas, que alumbraban su rostro acardenalado y las llagas aun recientes de la garganta. Al resplandor del espíritu entreabrió Jenaro sus ojos sin pupílas — desaparecieron los músicos como un puñado de pajas al aliento de la tempestad, y abriéndose en el piso un tenebroso abismo, hundióse en él el abate despues de haber tomado la figura de un jóven de veinte y ocho años, difunto, con el rostro descolorido y ensangrentado, y abierta la boca lívida y sin lengua.

El término había pasado — el fuego reclamaba su presa.

XI.

La casa fué demolida.

Jenaro vivió algunos años cubierto de miseria.

En cuanto al buen Cirilo, mucha impresion debió de hacerle la cabeza de las greñas — al amanecer del día siguiente á aquella noche fatal lo encontraron tendido de bruces en el salon del Prado, y al levantarlo no quería abrir los ojos, y preguntaba ¿se ha marchado ya?

En el día no sabe salir de la sacristia de la parroquia, donde pasa su vida sentado como un archipámpano en uno de aquellos oscuros bancos de cajon, y los monaguillos juegan con él como con un mentecato, le tiran de las orejas, y le hacen repetir este cuento muy á menudo.

P. DE M.

COMBATE DE HORMIGAS.

Un naturalista refiere el combate que presencié entre hormigas de diversas especies, en los términos siguientes.

Estos insectos fueron aproximándose al encuentro, marchando con el mayor orden. A un lado la especie de hormigas conocidas con el nombre de *formica rufa*, estaban en hilera de

una por frente, formando una línea de diez á doce pies de longitud, flanqueada por varios cuerpos dispuestos en cuadros, compuestos cada uno de veinte á sesenta combatientes: es decir que estos insectos seguían en lo militar lo que el caballero Folard llama órden mediano.

Por el otro lado avanzaba la especie de hormigas mas pequeña, pero mas numerosa, conocida con el nombre de *fofusca*. Abrazaba una línea mucho mas estensa y de dos ó tres de fondo. Las *fofuscas* dejaron destacamentos cerca de sus colinas ú hormigueros, para defenderlos contra un ataque imprevisto. La gran línea estaba flanqueada sobre su derecha por un cuerpo compacto de centenares de combatientes; y otro igual de unos mil flanqueaba el ala izquierda.

Estos dos cuerpos laterales no tomaron parte en la accion principal; pero el de la ala izquierda maniobrando de modo que pudiese ponerse á retaguardia del egército enemigo, avanzó rápidamente hácia el hormiguero de las *formica rufa* y le tomó por asalto.

Ambos egércitos se atacaron con encarnizamiento y combatieron largo tiempo sin romper sus líneas. Al fin se introdujo el desórden en varios puntos, y continuó la accion por destacamentos separados. Despues de un choque sangriento de cuatro horas, las *formicæ rufæ* fueron derrotadas y puestas en vergonzosa fuga.

Lo mas interesante en tan singular escena era ver á aquellos insectos hacerse recíprocamente prisioneros y llevar sus heridos á retaguardia. Manifestaban tal adhesion por sus heridos, que las *formicæ rufæ* que los llevaban se dejaban matar sin resistencia por sus enemigos antes que abandonar su carga.

Cuando el enemigo toma algun hormiguero, los vencidos quedan esclavos y empleados en los trabajos interiores del Estado.

Las dos composiciones que iusertamos á continuacion son obra de un jóven Mallorquin, don Joaquín María Bover de Roselló, ya ventajosamente conocido en la moderna literatura por al-

gunos brillantes ensayos y sobre todo por una oda á la Reina nuestra Señora, llena de fuego y patriotismo, que se insertó en 23 de febrero de 1834 en el periódico titulado el *Tiempo*.

Belisa durmiendo.

Anacreóntica.

Venid favonios blandos,
Llegad que mi Belisa
Placentera reposa
En mis brazos tendida.

¡Llegad!.... ¡la veis? ¡cuan bella!
¡Mis ojos! ¡ay! ¡la admiran!
Miradla, cefirillos,
Sin envidiar mi dicha.

No atropelleis el paso,
Que el sueño ya rendida
La tiene.... ¡oh cuanto goza
Ahora el alma mia!

Batid en torno suyo
Vuestras blancas alitas
No sea que furiosos,
Los calores la opriman.

¡Véis el arrebol fino
De sus bellas mejillas,
Que á la luz de esos astros
Graciosamente brilla?

¡Véis el blando cabello
Que por su frente altiva
Ondéa tan gracioso
Como en las gracias mismas?

¡Véis el labio amoroso
Do fórmas la risa,
Que entre abierto parece
Un beso solicita?

Aguarda, ninfa pura,
Que á dártelo se inclina
Mi labio.....¿y es posible
Que el pecho se resista?....

« Huye, una voz me dice,
« La copa de delicias
« Con que brinda Citeres
« No es á tí concedida. »

¿Porqué, pues, deja el hado
Presentarse á mi vista
Del abismo la senda
Con mil flores vestida?

Si su candor ofenden
Mis sencillas caricias,
¿Por qué ardientes sus ojos
De continuo me incitan?

Mirad su amante seno
¡Ay! vedle cual palpita;
Quizá en ilusion dulce
Con mi imagen porfía.

Besadla pues favonios,
Besadla, que os convida:
Y dejadme entre horrores
Envidiar vuestra dicha.

LETRILLA.

Si es blando alivio
Al fiero mal,
La mano tierna
De la amistad;
¿Por qué desprecias
Aquel solaz,
Que el pecho mio
Te sabe dar?

Cuando siente tu pecho
La hiel de los dolores,
Se apresuran mayores
El mio á penetrar.

Si el corderillo
Por crudo azar,

Del lobo hambriento

Se ve acosar;

Lanza un balido,

Corre al hogar;

Y el pastor luego

Favor le dá.

¿Y no puede mi pecho,

Amigo desdeñoso,

Mas que el pastor celoso

Tu tormento aliviar?..

Mas á mi oido

Siento llegar

Un dulce acento,

Cual celestial;

« ¿Qué vale (dice)

» Ya la amistad,

» Do amor mas grato

» Soláz le dá? »

¡Ay! goza caro amigo,

Ese amor que te alienta;

Pues nada es la tormenta

Do reina la beldad.

Recomendamos á nuestros lectores las publicaciones musicales que en el periódico titulado la Miscelánea van apareciendo. Son en su mayor parte de lo mas escogido. En la última entrega se ha dado el hermoso Duetto de tiple y bajo de *Puritani*, y parece que en las procsimas piensan los editores ir dando todo lo mejor de esta ópera. También han publicado, en entregas anteriores, varias de las bellísimas canciones á una y dos voces que Rossini ha escrito últimamente con el título de *Soirées musicales*, llenas todas de gracia y maestría. Es de advertir y de elogiar á la par que la eleccion de las piezas, el esmero y correccion de su grabado, y el moderado precio de la venta. Viene este á ser la mitad de lo que siempre ha sido en Madrid, á saber, un real por página en vez de dos que cuesta por lo general aun mal copiada, y todavía resulta á los suscritores una rebaja de ese real á casi la mitad. Es de esperar que semejante esfuerzo de los editores sea correspondido por el justo aprecio público, y que se logre así el objeto de fomentar la afición á la buena música.

ESTAMPA. = Un capricho

Los editores, EUGENIO DE OCHOA.—FEDERICO DE MADRAZO.

IMPRENTA DE I. SANCHA.

EL ARTISTA.



F. Madrazo sc.

R¹ Lit¹ de Madrid.

La Pesadilla.

Aguarda, ninfa pura,
Que á dártelo se inclina
Mi labio.....¿y es posible
Que el pecho se resista?....

«Huye, una voz me dice,
«La copa de delicias
«Con que brinda Citeres
«No es á tí concedida.»

¿Porqué, pues, deja el hado
Presentarse á mi vista
Del abismo la senda
Con mil flores vestida?

Si su candor ofenden
Mis sencillas caricias,
¿Por qué ardientes sus ojos
De continuo me incitan?

Mirad su amante seno
¡Ay! vedle cual palpita;
Quizá en ilusion dulce
Con mi imagen porfía.

Besadla pues favonios,
Besadla, que os convida;
Y dejadme entre horrores
Envidiar vuestra dicha.

LETRILLA.

Si es blando alivio
Al fiero mal,
La mano tierna
De la amistad;
¿Por qué desprecias
Aquel solaz,
Que el pecho mio
Te sabe dar?

Cuando siente tu pecho
La hiel de los dolores,
Se apresuran mayores
El mio á penetrar.

Si el corderillo
Por crudo azar,

Del lobo hambriento
Se ve acosar;
Lanza un balido,
Corre al hogar;
Y el pastor luego
Favor le dá.

¿Y no puede mi pecho,
Amigo desdeñoso,
Mas que el pastor celoso
Tu tormento aliviar?..

Mas á mi oído
Siento llegar
Un dulce acento,
Cual celestial;
«¿Qué vale (dice)
» Ya la amistad,
» Do amor mas grato
» Soláz le dá?»

¡Ay! goza caro amigo,
Ese amor que te alienta;
Pues nada es la tormenta
De reina la beldad.

Recomendamos á nuestros lectores las publicaciones musicales que en el periódico titulado la Miscelánea van apareciendo. Son en su mayor parte de lo mas escogido. En la última entrega se ha dado el hermoso Duetto de tiple y bajo de *Puritani*, y parece que en las procsimas piensan los editores ir dando todo lo mejor de esta ópera. También han publicado, en entregas anteriores, varias de las bellísimas canciones á una y dos voces que Rossini ha escrito últimamente con el título de *Soirées musicales*, llenas todas de gracia y maestría. Es de advertir y de elogiar á la par que la eleccion de las piezas, el esmero y correccion de su grabado, y el moderado precio de la venta. Viene este á ser la mitad de lo que siempre ha sido en Madrid, á saber, un real por página en vez de dos que cuesta por lo general aun mal copiada, y todavía resulta á los suscritores una rebaja de ese real á casi la mitad. Es de esperar que semejante esfuerzo de los editores sea correspondido por el justo aprecio público, y que se logre así el objeto de fomentar la afición á la buena música.

ESTAMPA. = Un capricho

Los editores, EUGENIO DE OCHOA.--FEDERICO DE MADRAZO.

IMPRENTA DE I. SANCHA.

EL ARTISTA.



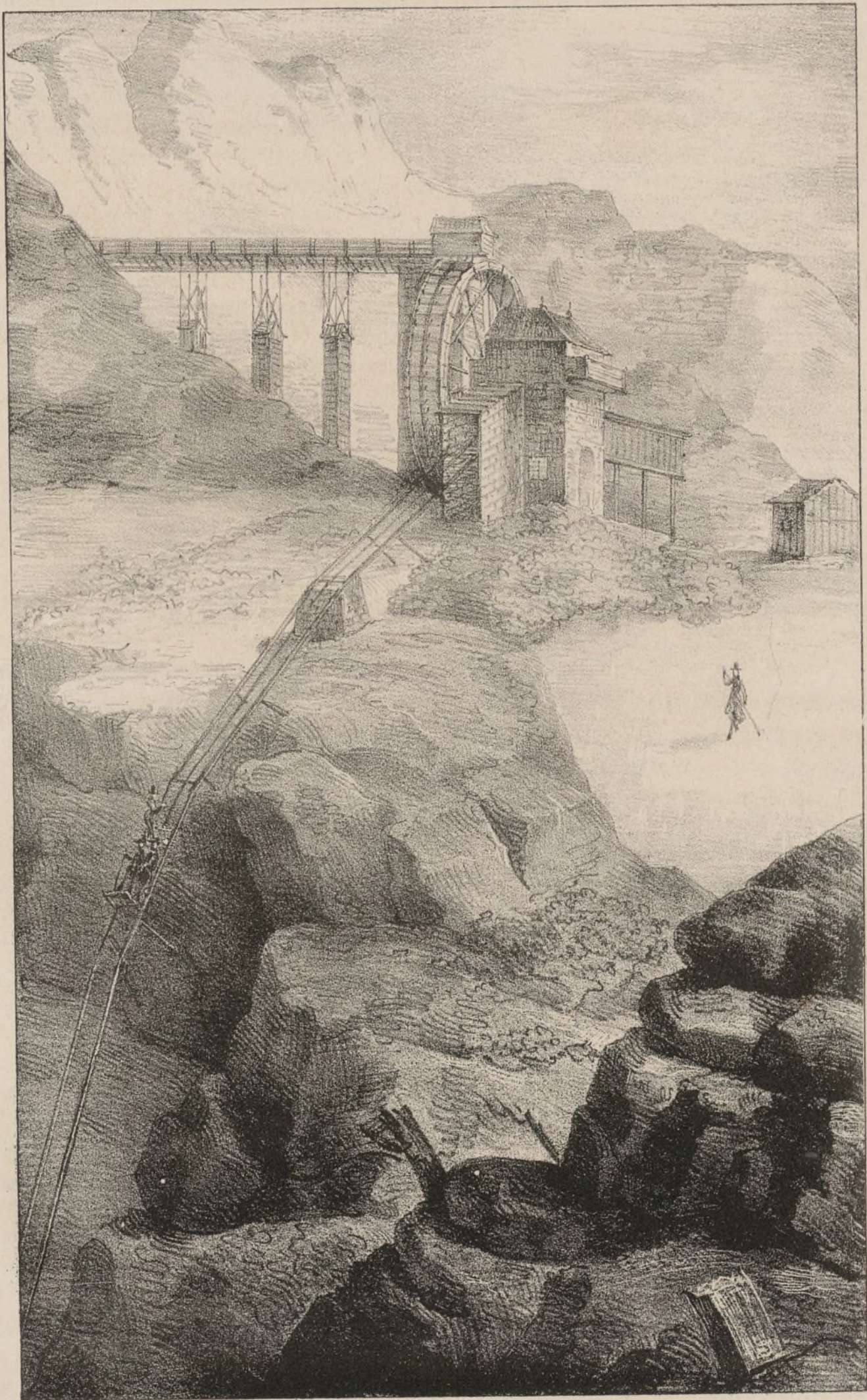
F. Madrazo sc.

R¹ Lit.^a de Madrid.

La Pesadilla.







R^o Lit. de Madrid.

Máquina para subir á la mina de Rathhausberg en el Salzborg.
(Copiado del dibujo original de D.^{no} Le Guernier.) (Los Alfas.)

Ayuntamiento de Madrid

